

EL CREPUSCULO.

PERIODICO LITERARIO Y CIENTIFICO.

N. 5.

Santiago, 18 de setiembre de 1843.

SUMARIO.

Una palabra sobre el dia de la patria. — Galeria de hombres célebres. D. Manuel Rodriguez. — Al nacimiento de la patria. — Brindis a la patria. — Un adios.

UNA PALABRA

SOBRE

EL DIA DE LA PATRIA.

Rayó el dia de Chile, puro y tranquilo como el semblante de la paz que nos protege : la patria extiende hoy sobre sus hijos una mirada de ternura y en sus labios brilla una sonrisa de amor y de esperanza! Ese cañon que retumba y cuyos ecos se van a perder en los nevados Andes, ¡qué entusiasmo produce hoy en nuestras almas tan diferente del que antes causaba en el pecho de nuestros padres! Hoy es signo de gloria y de alegría , en otro tiempo lo fué de muerte: para nosotros todo es regocijo, todo esperanzas de un porvenir risueño ; para ellos todo era pe-

ligros y desgracias : el soldado de la independencia al oír ese eco de alarma estampaba un beso en la mejilla de sus tiernos hijos y los dejaba en brazos de una madre angustiada y llorosa, partía a la batalla con la resignacion y la tristeza en el semblante y un pensamiento en la mente, que incendiaba su corazon, un pensamiento sublime y divino *la Independencia de la Patria*. Consagremos un recuerdo, sí, un recuerdo cordial y entusiasta a los que derramaron su sangre por salvarnos de la esclavitud, saludémos con santo respeto las manes de esos heroes, ellos sonrien al vernos gozar la vida que nos dieron!

Treinta y tres años han pasado sobre nosotros desde el momento mas augusto de nuestra existencia social, ¡que es esto empero en la vida de los pueblos ! un grano de tierra en las pendientes de las montañas! En tan corto espacio hemos visto sucederse , atropellarse mil acontecimientos que apenas nos han dejado recuerdos de gloria y de amarguras tambien : nuestra infancia no ha sido apacible y placentera como la del hombre, sino ardiente y turbulenta como su juventud; nuestras pasiones se desarrollaron prematuramente con la rapidez del huracan, y hemos sido arrebatados por su impulso y trasportados hasta un punto desde donde miramos el pasado con alegria, mezclado a veces de tristeza y aun de horror , lo presente con orgullo y recocijo, lo futuro con esperanza, o con incertidumbre y ansiedad. Pero lo pasado pertenece ya a la historia, en él están consignados los hechos mas gloriosos y tambien los de mas ignominia, mirémoslo sin profanarlo, sin ultrajarlo, tan solo para aprender y beber en él nuestra experiencia. ¿Será lícito, con todo, preguntarnos si ha sido estéril la empresa de los patriotas de setiembre? A quien debemos lo presente, a ellos, que nos dieron la vida, o a los que nos la han conservado y hecho firme y duradera? a todos, sí, pero aquellos se elevaron a lo sublime para alcanzar nuestra independencia, estos conocieron su deber y lo cumplieron.

¿Y qué a venido a ser para nosotros esta sociedad que antes de 810 no era nada, sino una horda de esclavos que vejetaba sumida en el sopor del embrutecimiento? Todo ha cambiado, estamos en una época de transicion y por consiguiente de actividad, la rejeneracion se opera con la rapidez de un incendio, que abraza la sociedad. En los tiempos de esclavitud, la sublime idea del Dios de las alturas estaba asociada en el espíritu del pueblo con otra que lo sojuzgaba, que lo abatía, la i-

dea de un hombre todo poderoso, todo temible, la idea del monarca, que era el Dios sobre la tierra; hoy son los reyes para nosotros nada más que un símbolo de desgracia, su nombre nos recuerda instintivamente una aberración, la más monstruosa de cuantas ha padecido la humanidad; su idea ha sido reemplazada por la de la patria, de este ser a quien todo lo debemos, cuya vida es la nuestra, cuya ventura nos pertenece. De todos los ángulos de nuestro pueblo surgen hoy hombres nuevos, hombres libres que para llegar a granjearse un nombre, un puesto en la sociedad, no han menester antecedentes, ni más amparo que el de sus propias fuerzas: esto establece una lucha social continua que traerá por necesario resultado la consagración del santo dogma de la igualdad. El proletario es ignorante todavía, no hay duda, pero es más feliz que en los tiempos de tinieblas; siente sobre sus hombros el peso de la desgracia, pero mide sus fuerzas, advierte que es independiente y llega a concebir la idea de su dignidad de hombre, raya en su mente la esperanza y trabaja y se consuela, en vez de abatirse y de temer. La clase activa, esa que trepa con desnudo los escalones de la industria, arrastra al proletario en su torbellino; tiende su vista al porvenir, se lo representa espléndido y lleno de ventura, redobla su esfuerzo, porque no se siente encadenada; su movimiento y su roce la ilustran, la animan, la hacen perder el egoísmo, la hacen intimar su vida y sus intereses con la vida e interés de la sociedad, y esta añade en cada momento un hombre más a la lista de los que le pertenecen. Los hombres que forman nuestra aristocracia se ven también empujados por esa corriente, ellos afectan firmeza en su apego a lo viejo, ellos piensan ser los modelos del movimiento social, y en realidad son los representantes únicos que en el día tienen las ideas de la rancia España; pero la industria los persigue, los atrae de donde quiera que los encuentra, y los envuelve poco a poco en la sociedad; ellos afectan despreciar todo lo que se levanta sin su apoyo, desconfían de todo lo nuevo, y creen que no concurren con su voto a formar una celebridad; pero el progreso los arrastra y el hombre de talento los sojuzga, los conquista, se eleva sobre ellos hasta imponerles la ley, y arrojarlos en ese movimiento benéfico que lo desarrolla y rejuvenera todo. Así la ilustración disputa palmo a palmo el terreno a la ignorancia; y la libertad, la igualdad, la democracia en fin se propagan sin estrépito, y penetran como el azogue en todos los poros de nuestra sociedad: lo antiguo se

desgaja como un edificio carcomido por el tiempo, en cada instante muere para siempre una idea de las que servian de sosten al sistema de los reyes, y nace en su lugar otra que viene a robustecer la base del gobierno democrático y a preparar nuestra prosperidad futura.

¡Pero quien ha concebido y desarrollado un plan a fin de conducirnos hasta esta situacion! ¿Ha existido acaso un piloto diestro, que temiendo nuestros peligros, y con la serenidad en su frente, nos haya guiado entre escollos, a costa de sacrificios, hasta salvarnos de la tempestad y ponernos seguros en el goce de tantos bienes? Habia en nuestra sociedad tantos elementos de progreso, tantos jérmenes de vida como en el norte de nuestro continente? ¡Ah, nõ! nuestra independendia y su revolucion nos dieron el soberbio empuje, y no es permitido al hombre atajarnos en la carrera. Los hombres de 810 concibieron un pensamiento sublime, que llenó todo su espíritu: recibieron una mision divina y la desempeñaron dándonos la existencia. Los heroes que envainaron su acero en 826 derramaron su sangre para salvar la nuestra, dieron su vida para salvar la de la patria: cada golpe de su espada hizó desaparecer un satélite de la tirania, y dió el ser a un hombre libre; cada victoria que alcanzaron redujo a escombros lo pasado y afianzó los cimientos del trono de la libertad: el estrepito de las batallas lo conmovió todo, despertó a la sociedad de su letargo y la hizo abrir sus ojos a la luz. Los que han venido atras organizaron, conservaron y aseguraron lo adquirido. La rejeneracion tiene, pues, su punto de partida en el dia agosto de la patria y se ha desarrollado al travez de todos los hechos que se han sucedido hasta el presente; todos han contribuido a apresurarla — a todos debemos gratitud. Empero a nosotros nos corresponde el aprovecharnos de ese movimiento para encaminarlo a su fin, debemos auxiliarlo y combatir, ya no como los guerreros de la revolucion con el hierro y el fuego, sino con el estandarte de la civilizacio: hasta llevarlo a los puntos mas remotos y reconditos de nuestra sociedad!

¡Gloria inmortal, honor y gratitud a los patriarcas de 810, a los heroes de nuestra revolucion! A ellos debe la jeneracion presente el alto bien de no haber nacido enco: vida bajo un ce:tro, y oprimida por la planta de un hombre vil y consagrado! ¡Derramémos lágrimas de ternura a la memoria de las victimas de la independendia, y cubramos de flores su sepulcro! ¡Contem-

plémos con orgullo y con amor a esos viejos venerandos que sobrevivieron y que por nuestra dicha son todavía los joyeles más preciosos de nuestro pueblo: vedlos hoy con un semblante apacible y risueño, recordar sus peligros, recrearse en su obra y mirar como a su creatura esta sociedad que les pertenece, acerquémonos a ellos, reverenciamos sus canas y elevemos nuestro corazón al cielo para implorar su bendición sobre ellos y nosotros, para pedirle que los conserve hasta que puedan contemplarlos y venerarlos nuestros hijos!

¡Sol de Setiembre! tu viste en otro tiempo a este pueblo, en silencio, de rodillas y cubierto de cadenas ante un trono manchado de sangre; luego lo miraste con su cabeza erguida, trozadas a sus pies las prisiones, derribado el trono y su corona; fuiste testigo de sus combates, hiciste brillar la sangre de sus mártires sobre la tierra que fecundó, alumbraste sus victorias, y contemplaste absorto sus hazañas! ven ahora a verlo en su prosperidad y ayúdale con tu esplendor para celebrar su ventura! Deten tu marcha para que su recóijo se prolongue: óyelo entonces sus himnos a la libertad y a la memoria sacrosanta de sus héroes!

Galería de hombres celebres.

Bajo este epígrafe publicaremos en adelante la biografía de los principales personajes de nuestra revolución, como también de la americana, siempre que los datos que podamos adquirir sean bastantes a marchar con seguridad en nuestro propósito. Así es que rogamos encarecidamente a los que tengan datos sobre algunos de los personajes que hayan figurado en la revolución tengan a bien favorecernos con ellos.

D MANUEL RODRIGUEZ

En la continua fluctuación de las cosas humanas suceden acontecimientos que la inteligencia es incapaz de prever y comprender por más que se esfuerce para conseguirlo. El destino del hombre, como el de las naciones está sujeto a una ley ciega pero infalible, que conduce como de la mano a la dicha o a la